



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

R

El rojo Uccello por Delfina Muschietti. Rosario-Buenos Aires : Bajo la luna nueva, 1996

Autor:

Sancholuz, Carolina

Revista

Mora

1998, N°4, pp. 142-143



Reseña



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

MUSCHIETTI, Delfina,
El rojo Uccello,
Rosario-Buenos Aires,
bajo la luna nueva, 1996,
63 pp.

Un intenso destello rojo llama la atención de nuestra retina, desde la roja tapa del libro, que duplica su cromatismo en el título: *El rojo Uccello*. Un extraño cuadro -*San Jorge y el dragón*-, ilustra las tapas, y parece sugerir, como un anticipo a la lectura de los poemas, la atmósfera vaga e incierta de los sueños. Como si Uccello hubiera querido plasmar una pesadilla fantástica, donde un dragón alado se desangra, entre un San Jorge montado en un caballo blanco y una dama, delgada y alargada, que no sabemos si está encadenada al monstruo, o más bien si ella lo lleva asido. Y en los poemas de *El rojo Uccello* escuchamos “la voz del sueño”, para ingresar al mundo de la noche a través del “camino secreto”, como llamaba Novalis a la experiencia del sueño. Hay pasajes y tensiones entre los estados diurnos de la vigilia y el mundo nocturno, y entre ellos, como una bisagra, un cuerpo que se escapa, se fuga, un yo que se difumina entre el espacio borroneado del sueño y los destellos claros de la luz solar.

Leemos en el poema inicial, separado de las dos series que siguen -“Cadmio”

y “Cromo”-, la formulación de una poética, sostenida a lo largo de todo el libro, a través de la insistencia en ciertas palabras y sentidos: noche-voz-sueño-cuerpo-mudanza-movimiento-suspensión-luz. Si, “los pájaros en migración:/ cambiaron de color/ en pleno vuelo,” (p.7), también la escritura se constituye como un espacio de cambio, de continuo devenir. Una deriva que espacializa al tiempo (los poemas-calendario con los nombres de los meses del año), y disuelve al yo-sujeto en la suspensión (“Períodos largos de suspensión: a un lado de la cara y del cuerpo el roce de la ausencia” p.11), o en la errancia y la fuga (“Mientras una se va tras las voces que migran en las alas desonorizadas de los pájaros” p. 21).

Los poemas de “Cadmio”, precedidos por un epígrafe de Proust que sugiere, como la descripción de un lienzo impresionista, el devenir cromático del cielo, en una intensa correlación luz-vida, trazan un arco temporal entre los meses de agosto y noviembre. Entre ellos se mueve un cuerpo y una voz de mujer, y la marca de género restituye en la escritura la posibilidad de recomponer una identidad y una historia, frente a la experiencia de la pérdida de sí, de ese “mi cuerpo apenas fugado”(p.21) En tanto los meses

transcurren, imponen pausas, ritmos, cadencias, a la escritura materializada en los detalles sutiles -el olor de las fresas, los brotes imperceptibles de los árboles en floración, el polvo amarillento de la flor del aroma, o la fragilidad nimia de las flores del paraíso-, como si ese cuerpo que busca decirse, siempre en fuga, quisiera, por momentos, asirse, “atarse”, no en el espacio de la trascendencia sino en la percepción microscópica. Sin embargo, como sugieren Deleuze y Guattari, lo microscópico puede revelar lo telescópico, idea que se condensa en un verso maravilloso, que es también un oxímoron: “la pesadilla de la luz frente a la vastedad de lo pequeño” (p.17). Difuminación de los límites entre lo diurno y lo nocturno, la luz que se cuele en los poemas de Muschietti siempre es brillante, iridiscente, a punto de cegar en su deslumbramiento al sujeto de la visión; en esta luminosidad resuenan ecos de la poesía de Juanele Ortiz, como la percepción intensa de lo mínimo, el detalle puntillista, el reverbero enceguecedor, la estética de las sensaciones, la pérdida de sí en fusión con el paisaje: “Fresas. El agua corre: me alisa la cara. Los pétalos son peces. Las manos se hacen tallos. Ese olor me satura los oídos.” (p. 13) Por otro lado, en los

pasajes nocturnos del libro- los cinco poemas-sueños intercalados entre la primera y la segunda parte de *El rojo Uccello*, el cuerpo suspendido o en fuga de los momentos diurnos, se enajena en el desdoblamiento, un percibirse otra, donde la que habla vacila entre el mirar y el ser mirada: “El sueño me enfoca junto al marco: sostenida en el vacío atisbo la vida allí, en ese cuadro. Me escondo para no ser vista.” (“Sueño 1”, p.19) Encontramos en la atmósfera vaga y enrarecida de los sueños, en la presencia reiterada de la noche, en los cuerpos fantasmáticos de las pesadillas, un homenaje a otra escritura “nocturna”, la de Alejandra Pizarnik. La poeta aparece también como personaje en el “Sueño 2”, escindida entre la identidad unificadora y la desestabilización del ser otra: “Llega Alejandra Pizarnik de España. Es ella y alguien más al mismo tiempo.” (p. 29) En los “Sueños” la demarcación de una subjetividad “femenina” se liga irremediabilmente a lo siniestro. La escena familiar se enajena, ya sea porque el yo se percibe como ella (“Sueño 1”, 3, 5), o la maternidad linda con lo monstruoso o la locura (“Sueño 4”, 3). Hay también un poema, sin nombre, que se articula con la serie de los “Sueños”, donde una “dama de azul”, advierte

desde una segunda persona, amenazante en la voz de “-no te vas.”(p. 31), como una suerte de madre que buscara retener para siempre a la niña-rehén.

Otra cita de Proust funciona como epígrafe de los poemas reunidos en “Cromo”. Se trata de la memoria y su capacidad transformadora, que puede trastocar el sufrimiento del amor por el placer del recuerdo. La escritura-calendario registra aquí la otra mitad del año: de enero a julio. Encontramos una voz que dialoga con una segunda persona, pero sin esperar respuesta, porque el tú es también ausencia: “Me gusta el verano: rebosa interminable, aunque no estás. Allí disimulada despierto a un sueño absoluto: tu voz en el suspenso de las tardes, leyéndome.” (“Enero”, p. 39) El tono interrogativo, más frecuente en esta zona de los poemas, suele enmascarar detrás del tú al yo; entonces, la pregunta rebota como un eco para reconocerse en la voz propia: “¿Qué has oído en todo este tiempo, además del croar de las ranas sobre la hierba húmeda? Quizás algo de mí misma en este doble silencio estelar.” (p. 43) Amor y tiempo coinciden en su naturaleza fugitiva. Si la memoria captura bloques del pasado, si la escritura-calendario intenta retener lo efímero -la explosión ro-

sada de la primavera aun- que sea el mes de junio-, “mientras el amor no concluye” (p. 51), se tematiza en lo no dicho: el silencio, el murmullo, el habla en voz baja o el extrañamiento de la lengua extranjera: “*I really miss you, miss your mind*”. (p. 61)

El ritmo de los poemas se multiplica en la cadencia del fluir temporal, - los meses escandidos en su devenir, los cambios de las estaciones, las estelas lumínicas y acuáticas, los días y las noches-, para detenerse en los blancos, los silencios, la voz baja o, por el contrario, espiralarse en la interrogación o extrañarse en las voces del italiano y del inglés. Articulada una voz poética que ya escuchábamos desde *Los pasos de Zoe* (1993), en los poemas de Delfina Muschietti de *El rojo Uccello* la voz-sueño inscribe también la experiencia del cuerpo femenino en el cuerpo del texto.

Carolina Sancholuz